

cildades para la fuga deberían encontrarse entonces á su alcance, y sería preciso cuidar que no fuese detenido nuevamente por ningún rústico oficioso.

X.

ARRESTO DE FEVERSHAM.—LLEGADA DE JACOBO Á LONDRES.

Tal era el plan de Guillermo, y la habilidad y energía con que lo llevó á cabo contrastan extrañamente con la locura y cobardía de la persona con quien tenía que habérselas. Pronto se le presentó excelente oportunidad de comenzar su sistema de intimidación. Feversham llegó á Windsor con la carta de Jacobo. No había presidido el mayor acierto á la elección de mensajero. Él era quien había desbandado el ejército real. A él debía hacerse responsable, en primer término, de la confusión y terror de la *Noche irlandesa*. El público había censurado vivamente su conducta. Guillermo se había irritado en términos de pronunciar algunas palabras amenazadoras, y las amenazas, en boca de Guillermo, generalmente producían ulteriores consecuencias. Pidióse á Feversham su salvoconducto. Respondió que no le tenía. Al presentarse de este modo, en mitad de un campo enemigo, según las leyes de la guerra, merecía ser tratado con la mayor severidad. Guillermo se negó á recibirle y ordenó que se le arrestase (1). Zulestein fué despachado inmediatamente para informar á Jacobo que el Príncipe no estaba dispuesto á asistir á la conferencia

(1) *Diario de Clarendon*, 16 de dic., 1688; Burnet, I, 800.

que se le proponía, y deseaba que S. M. continuase en Rochester.

Pero era demasiado tarde. Jacobo estaba ya en Londres. Había vacilado durante todo el viaje, y aun hubo un momento que determinó hacer otra tentativa para llegar al Continente. Mas al fin cedió á las instancias de amigos más discretos que él, y se encaminó á Whitehall, á donde llegó en la tarde del domingo 16 de diciembre. Había temido que el pueblo llano, que durante su ausencia había dado tan repetidas muestras de su aversión al papismo, le hiciese alguna afrenta. Pero la misma violencia de los recientes tumultos había producido una reacción de calma y tranquilidad. La tempestad había pasado, y el buen humor y la compasión habían reemplazado á la furia. En ningún barrio se notó la menor intención de insultar al Rey. Oyéronse algunos aplausos cuando su coche atravesaba la City. Las campanas de algunas iglesias repicaban en señal de alegría, y se encendieron algunas hogueras para honrar su regreso (1). Su débil inteligencia, poco antes presa de la desesperación, dió cabida á las más extravagantes ideas ante tan inesperadas muestras de la compasión y buen

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 262, *Mem. orig.*; Burnet, I, 799. En la *Historia de la Deserción* (1689), se afirma que las aclamaciones provenían en esta ocasión de algunos pilluelos, y que la gran mayoría del pueblo le había visto pasar en silencio. Lo mismo dice Oldmixon, que se hallaba entre la multitud, y Ralph, cuyas preocupaciones difieren totalmente de las de Oldmixon, nos dice que concuerdan con la relación de aquél las noticias que debía á un respetable testigo presencial. Lo más probable es que las señales de regocijo fueran, en sí mismas, poco importantes; mas parecieron extraordinarias porque se esperaba una violenta explosión de indignación pública. Barillon dice que había habido aclamaciones y algunos fuegos; pero añade: «Le peuple dans le fond est pour le Prince d'Orange.» Dic. 17 (27), 1688.

deseo del vulgo. Entró lleno de regocijo en palacio, que muy pronto recobró su antiguo aspecto. Los sacerdotes católicos, que la semana anterior se habían apresurado á ocultarse del furor de la multitud, en sótanos y desvanes, saliendo ahora de sus escondrijos exigían la posesión de sus antiguos cargos. Un jesuita dijo las oraciones en la mesa real. El acento irlandés (*brogue*), á la sazón el más aborrecible sonido para los oídos ingleses, se oía por do quiera en patios y galerías. El mismo Rey había recobrado su antigua altivez. Celebró un Consejo, el último, y aun en aquella extremidad citó á algunas personas que carecían de las condiciones legales. Manifestó haber visto con gran disgusto la conducta de aquellos Lores que durante su ausencia habían osado encargarse de la administración. Era su deber, en opinión del Monarca, dejar que la sociedad se disolviese, que las casas de los Embajadores fuesen demolidas, que Londres fuera presa de las llamas, antes que asumir el desempeño de funciones que el Rey juzgara oportuno abandonar. Entre las personas á quienes de este modo reprendía se hallaban algunos nobles y Prelados, que á despecho de todos los errores del Rey, habían permanecido fieles á su causa, y que aun después de esta provocación, no se dejaron nunca inducir por la esperanza ó el temor á reconocer en ningún otro Soberano los derechos que les ligaban á Jacobo (1).

Mas bien pronto desapareció el valor del Monarca. Apenas había entrado en Palacio, cuando fué anunciado Zulestein, el cual repitió el frío y severo mensaje de Guillermo. El Rey insistió todavía en celebrar

(1) *Gaceta de Londres*, dic. 16, 1688; Mulgrave, *Reseña de la Revolución*; *Historia de la Deserción*; Burnet, I, 799; *Diario de Evelyn*, dic. 13 y 17, 1688.

una conferencia personal con su yerno. «*Yo no habría salido de Rochester*, dijo, *si hubiera sabido que esto le desagradaría; pero ya que estoy aquí, espero que vendrá á Saint-James.*—*Debo confesar francamente á V. M.*, dijo Zulestein, *que S. A. no vendrá á Londres, mientras haya aquí algunas tropas que no estén á sus órdenes.*» El Rey, desconcertado con esta respuesta, permaneció en silencio. Zulestein se retiró, y muy pronto entró un caballero en el regio dormitorio á anunciar que Feversham había sido arrestado (1). Jacobo experimentó la más viva inquietud. Y sin embargo, el recuerdo de los aplausos que habían saludado su regreso aún levantó su ánimo abatido; y una extraña esperanza surgió nuevamente en su espíritu. Imaginaba que Londres, por tanto tiempo baluarte de la religión protestante y del partido whig, estaba pronto á tomar las armas en su defensa. Mandó á preguntar á la Corporación Municipal si, en caso de establecer su residencia en la City, se comprometían á defenderle contra el Príncipe. Pero el Municipio no había olvidado la supresión de la Carta ni el asesinato jurídico de Cornish, y no quiso comprometerse á lo que se le pedía. Entonces nuevamente sintió Jacobo desfallecer su corazón. ¿Adónde, preguntaba, acudiría en busca de protección? En sus Guardias de Corps podía tener la misma confianza que si fueran tropas holandesas, y en cuanto á los ciudadanos, ahora comprendía el valor de sus aclamaciones y hogueras. No le quedaba más recurso que la fuga, y no obstante, decía, no ignoraba que el mayor deseo de sus enemigos era que él huyese (2).

(1) Clarke, *Historia de Jacobo*, II, 262, *Mem. orig.*

(2) Barillon, dic. 17 (27), 1688; Clarke, *Vida de Jacobo*, tom. II, pág. 271.

XI.

CONSULTA DE WINDSOR.

Mientras se hallaba en este estado de vacilación, su futura suerte era objeto de graves deliberaciones en Windsor. La corte de Guillermo rebosaba ahora de hombres eminentes de todos los partidos. Habíansele unido casi todos los jefes de la insurrección del Norte. Muchos Lores que durante la anarquía de la semana anterior habían formado parte del Gobierno provisional, tan pronto regresó el Rey, salieron de Londres, encaminándose al cuartel general holandés. Figuraba entre éstos Halifax. Habíale acogido Guillermo con gran satisfacción, mas no había podido menos de sonreír burlescamente al ver al ingenioso y entendido político que había aspirado á ser árbitro de tan gran contienda, obligado á abandonar su misión conciliadora y á formar en las filas de los combatientes. Entre los que en esta ocasión acudieron á Windsor, hallábanse algunos que habían comprado el favor de Jacobo con servicios ignominiosos y que ahora se mostraban impacientes de expiar el crimen de haber vendido á su patria, haciendo traición á su amo. De esta laya era Titus, quien juntamente había formado parte del Consejo y había trabajado por hacer una liga entre puritanos y jesuitas contra la Constitución. Tal era también Williams, que por interés había pasado de las filas de la demagogia á ser campeón de la prerrogativa real, y el cual estaba ahora dispuesto á una segunda apostasia. A tales hombres, el Príncipe,

con justo desprecio, hacía aguardar en vano á la puerta de su cámara, esperando inútilmente conseguir audiencia (1).

El lunes, 17 de diciembre, todos los Lores residentes en Windsor fueron citados á solemne consulta en el castillo. El asunto que se iba á discutir era lo que había de hacerse del Rey. Guillermo no juzgó conveniente asistir á la discusión. Se retiró, y Halifax fué llamado á la presidencia. En un punto convinieron todos los Lores. El Rey no podía continuar donde se hallaba. Que un Príncipe se fortificase en Whitehall, y otro en Saint James; que hubiese dos guarniciones hostiles en un área de cien acres, era, en opinión de todos, inadmisibile. Semejante arreglo no podría menos de producir sospechas, insultos y disensiones que necesariamente acabarían en sangre. Así, pues, juzgaron oportuno los Lores que Jacobo fuese enviado fuera de Londres. Propúsose como retiro más adecuado al Monarca, la quinta de Ham, edificada y decorada por Lauderdale, á orillas del Támesis, con el producto de los despojos de Escocia y los donativos de Francia, y la cual era entonces mirada como la más espléndida y lujosa quinta de toda Inglaterra. Una vez conformes los Lores en esto, solicitaron del Príncipe que se presentase de nuevo. Halifax le comunicó la decisión de la asamblea, que Guillermo escuchó y aprobó. Redactóse un breve mensaje para el Rey. «¿A quién, dijo Guillermo, encargaremos que lo lleve?—¿No debe ser entregado, preguntó Halifax, por uno de los oficiales de V. A.?—Perdonad, Milord, contestó el Príncipe; pero se envía por consejo de vuestras señorías, y por tanto uno de vosotros debe encargarse de llevarlo.» Y en-

(1) Mulgrave, *Reseña de la Revolución; Diario de Clarendon*, dic. 16, 1688.

tonces, sin dar lugar á réplica, nombró mensajeros á Halifax, Shrewsbury y Delamere (1).

La resolución de los Lores pareció tomada por unanimidad, pero había en la asamblea algunos que en manera alguna aprobaban la decisión á que habían contribuído con su voto, y que deseaban ver al Rey tratado con severidad que no se atrevían á recomendar abiertamente. Es digno de notarse que el jefe de este partido era un lord que había sido vehemente tory, y que después murió siendo *nonjuror*, Clarendon. La rapidez con que en esta crisis retrocedió y adelantó de extremo á extremo, podrá parecer inconcebible á los que viven en tiempos de tranquilidad, mas no sorprenderá á cuantos han tenido ocasión de seguir atentamente el curso de las revoluciones. Sabía que la aspereza con que á presencia del Rey había censurado todo el sistema de gobierno, causara mortal ofensa á su antiguo amo. Por otra parte, en su calidad de tío de las Princesas, podía esperar grandeza y opulencia en el nuevo orden de cosas que estaba á punto de comenzar. Mirábale la colonia inglesa de Irlanda como amigo y protector, y no se le ocultaba que gran parte de su futura grandeza dependía de la confianza y adhesión de aquella poderosa colonia. Ante consideraciones de tal monta hubieron de ceder los principios que toda su vida había profesado ostentosamente. Dirigióse, pues, al gabinete del Príncipe y le representó el peligro de dejar al Rey en libertad. Los protestantes de Irlanda se hallaban en situación extrema. Sólo había un medio de asegurar sus vidas y haciendas; y este solo medio era guardar á S. M. en estrecha prisión. No sería prudente encerrarle en un

(1) Burnet, 1, 800; *Diario de Clarendon*, dic. 17, 1688; *Citters* dic. 18 (28), 1688.

castillo inglés. Mas podría enviársele allende el mar, y confinarlo en la fortaleza de Breda, mientras los asuntos de las Islas Británicas no se arreglasen. Poseyendo el Príncipe tales rehenes, Tirconnel probablemente entregaría la gobernación del Estado, y se restablecería el ascendiente de Inglaterra sin descargar un solo golpe. Si, por otra parte, Jacobo huía á Francia y se presentaba luégo en Dublín á la cabeza de un ejército extranjero, las consecuencias serían desastrosas. Declaró Guillermo que todas estas razones eran de gran peso; mas que no le era posible poner por obra semejante plan. Conocía el carácter de su esposa, y sabía que nunca consentiría en dar semejante paso. Y además tampoco le hubiera hecho honor tratar con tal crueldad á su vencido pariente, sin contar con que aun no se había demostrado que la generosidad no fuese la mejor política. ¿Quién podía prever el efecto que la severidad, recomendada por Clarendon, produciría en el espíritu público de Inglaterra? ¿Por ventura era imposible que el entusiasmo realista, extinguido por la mala conducta del Monarca, volviese á renacer tan pronto llegase á noticia de todos que se hallaba encerrado entre los muros de una fortaleza extranjera? Fundado en tales argumentos, resolvió Guillermo no imponer á su suegro sujeción personal, y no hay duda que tal determinación fué muy sabia (1).

Jacobo, mientras se discutía su suerte, permanecía en Whitehall, fascinado, según parecía, por la grandeza y proximidad del peligro, é igualmente incapaz

(1) Burnet, 1, 800; *Conducta de la Duquesa de Malborough*; *Mulgrave, Reseña de la Revolución*. Clarendon no dice nada de este asunto en la fecha á que corresponde, pero véase en su *Diario* el 19 de agosto de 1689.

de luchar con él ó darse á la fuga. Por la tarde llegó la noticia de que los Holandeses habían ocupado Chelsea y Kensington. El Rey, sin embargo, se dispuso, como de ordinario, á retirarse á dormir. Los guardias de Coldstream estaban de servicio en Palacio. Mandábalos Guillermo, Conde de Craven, anciano que más de cincuenta años antes se había distinguido en la guerra y el amor y el cual, en la batalla de Creutznach había dirigido el último ataque con tal valor que fuera herido en el hombro por el gran Gustavo, y que, según se creía, había ganado contra mil rivales el corazón de la infortunada Reina de Bohemia. Tenía entonces Craven ochenta años, pero el tiempo no fuera bastante poderoso á domeñar su espíritu (1).

XII.

OCUPACIÓN DE WHITEHALL POR LAS TROPAS
HOLANDESAS.

Eran más de las diez cuando se anunció al Rey que tres batallones de infantería holandesa, en unión de algunos escuadrones de caballería, se adelantaban por la larga avenida de Saint-James's Park, con antorchas encendidas y dispuestos á la pelea. El Conde de Solmes, que mandaba los extranjeros, dijo que tenía orden de ocupar militarmente los puestos que rodean á Whitehall, y así suplicó á Craven retirarse pacíficamente. Craven juró que antes se dejaría hacer pedazos. Mas cuando el Rey, que se estaba desnudando, supo lo que pasaba, prohibió al bravo veterano intentar una resistencia que había de ser inútil. A eso

(1) Harte, *Vida de Gustavo Adolfo*.

de las once los guardias de Coldstream se habían retirado, y centinelas holandeses daban guardia en torno de Palacio. Algunos servidores del Rey le preguntaron si había de entregarse al reposo hallándose rodeado de enemigos. Contestó el Monarca que no podrían casi tratarle peor que sus propios súbditos; y con la apatía de un hombre á quien los desastres han convertido en idiota, se acostó y se dispuso á dormir (1).

XIII.

COMUNÍCASE Á JACOBO EL MENSAJE DEL PRÍNCIPE.

Apenas había quedado en silencio el Palacio cuando nuevamente se alteró la tranquilidad. Poco después de media noche llegaron los tres Lores que venían de Windsor. Middleton fué llamado para recibirlos. Informáronle estar encargados de un mensaje que no admitía dilación. Despertaron al Rey de su primer sueño, y fueron introducidos en el dormitorio. Entregaron en manos de Jacobo la carta que les fuera confiada, informándole que el Príncipe llegaría á Westminster de allí á pocas horas, y que sería conveniente que S. M. saliese para Ham antes de las diez de la mañana. Jacobo presentó algunas dificultades. No le gustaba la residencia de Ham. Era aquel sitio agradable en verano, pero frío y sin comodidades en Navidad, y además estaba sin amueblar. Halifax contestó

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, tom. II, 264, principalmente en las *Memorias originales*. Mulgrave, *Reseña de la Revolución*; Rapin de Thoyras. Se recordará que en estos sucesos era actor el mismo Rapin.

que el mueblaje y adorno se enviarían al instante. Retiráronse los tres mensajeros, á quienes en seguida alcanzó Middleton, diciéndoles que el Rey preferiría Rochester á Ham. Contestaron no tener autoridad para acceder á los deseos de S. M., pero que enviarían en el momento un correo al Príncipe, el cual aquella noche debía alojar en Sion House. Partió el correo inmediatamente, y regresó antes del alba con el consentimiento de Guillermo. Aquel consentimiento fué concedido, en verdad, con la mayor alegría, pues no había duda que Rochester fuera elegido por presentar mayores facilidades para la fuga, y la evasión de Jacobo era el principal deseo de su yerno (1).

XIV.

SALE JACOBO PARA ROCHESTER.

El 18 de diciembre, por la mañana, á pesar de la lluvia y la tormenta, la real falúa estaba pronta al pie de la escalera de Whitehall. Rodeábanla ocho ó diez botes que llenaban de soldados holandeses. Algunos nobles y caballeros acompañaron al Rey hasta la orilla. Dícese, y muy bien puede creerse, que muchos derramaban lágrimas, pues aun el más celoso amigo de la libertad, apenas hubiera podido ver, sin conmoverse, el triste é ignominioso fin de una dinastía que hubiera podido llegar á tanta grandeza. Shrewsbury hizo cuanto estaba en su mano por endulzar la suerte del caído Monarca. Hasta el duro y vehemente Dela-

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, tom. II, 265; *Mem. orig.*; Mulgrave, *Reseña de la Revolución*; Burnet, I, 801; Citters, dic. 18 (28), 1688.

mere se dejó ablandar. Mas pudo observarse que Halifax, que siempre se había distinguido por su compasión con los vencidos, se mostró en esta ocasión más duro que sus dos colegas. La ridícula embajada de Hungerford aun estaba, sin duda, presente en su memoria (1).

Mientras la regia embarcación seguía trabajosamente río abajo, luchando con las olas, las tropas del Príncipe, brigada tras brigada, entraban en Londres por la parte de Occidente. Habíase determinado, obrando con gran prudencia, que la guarnición de la capital fuese en su mayoría compuesta de soldados británicos al servicio de los Estados Generales. Los tres regimientos ingleses fueron acuartelados en la Torre y sus cercanías, y los tres escoceses en Southwark (2).

XV.

LLEGADA DE GUILLERMO Á SAINT-JAMES.

A pesar del mal tiempo, habíase reunido una gran multitud entre el palacio de Albemarle y el de Saint-James para saludar al Príncipe á su llegada. En todos los sombreros, en todos los bastones, se veía una cinta de color de naranja (*Orange*). Repicaban todas las campanas de Londres; en las ventanas se veían las velas dispuestas para la iluminación y los montones de leña apilados en las calles para las hogueras. En tanto, Guillermo, que no gustaba de los aplausos y

(1) Citters, dic. 18 (28), 1688. *Diario de Evelyn*, en igual fecha; Clarke, *Vida de Jacobo*, II, 266-67, *Mem. orig.*

(2) Citters, dic. 18 (28), 1688.

aclamaciones de la multitud, entró por el Parque. Antes de anoecer llegó á Saint-James en un carruaje ligero, acompañado de Schomberg. Al poco tiempo todas las habitaciones y escaleras del palacio eran invadidas por los que venían á hacer la corte al Príncipe. Era tan grande la concurrencia, que algunos individuos de la primera nobleza no pudieron abrirse paso para llegar al salón de recepción (1). Mientras esto sucedía en Westminster, el Municipio preparaba en la Casa Consistorial un discurso de gracias y felicitaciones. El Lord Mayor no podía presidir. No había vuelto á levantar cabeza desde que el Canciller había sido arrastrado á la sala de justicia disfrazado de carbonero. Pero los *aldermen* y demás individuos del Municipio ocuparon sus puestos. Al día siguiente los magistrados de la City fueron en corporación á ofrecer sus homenajes al libertador. El *Recorder*, sir Jorge Treby, manifestó elocuentemente la gratitud del Municipio. Algunos Príncipes de la casa de Nassau, dijo, habían sido primeros Magistrados de una gran república. Otros habían ceñido la corona imperial. Pero el título peculiar de aquella ilustre familia á la veneración pública, era éste: que Dios la había elegido y consagrado para la misión altísima de defender, de generación en generación, la verdad y la libertad contra los tiranos. Aquel mismo día cuantos Prelados se hallaban en la ciudad, á excepción de Sancroft, fueron reunidos á presentarse al Príncipe. Vino después el clero de Londres, compuesto de los hombres más eminentes de su profesión, en saber, elocuencia y poderío, con su Obispo á la cabeza. Iban con ellos algunos de los más ilustres disiden-

(1) *Diario de Luttrell; Diario de Evelyn; Diario de Clarendon*, diciembre 18, 1688; *Revoluciones políticas*.

tes, á quienes Compton, con tolerancia que le honra, mostró especial cortesía. Pocos meses antes ó pocos meses después, tal cortesía, hubiera significado á los ojos de muchos anglicanos, traición á la Iglesia nacional, y aun entonces, fácilmente descubría la vista perspicaz que el armisticio impuesto por las circunstancias á las sectas protestantes, no duraría mucho, una vez pasado el peligro á que debía su origen. Un centenar de teólogos disidentes de la capital se presentaron por separado. Fueron introducidos por Devonshire, recibiéndoles el Príncipe con las mayores muestras de respeto y benevolencia. También vinieron los abogados presididos por Maynard, quien á los noventa años de edad tenía la cabeza tan firme y tan despiertos los sentidos como cuando se levantó en la gran sala de Westminster á acusar á Strafford. «Señor *Serjeant*, le dijo el Príncipe, *seguramente habréis sobrevivido á todos los legistas de vuestro tiempo.*—*Sí, señor*, contestó el anciano, *y á no ser por V. A. hubiera también sobrevivido á las leyes*» (1).

Pero, aunque las felicitaciones eran numerosas y estaban llenas de elogios, aunque por donde quiera se le aclamaba, aunque las iluminaciones fueron espléndidas, aunque el palacio de Saint-James no bastaba á contener tan gran multitud de cortesanos, y aunque en los teatros todas las noches, desde el patio al paraíso, no se veían más que cintas de color naranja, no desconocía Guillermo que entonces empezaban las dificultades de su empresa. Había derribado un gobierno. Era necesario poner por obra la empresa, mucho más difícil, de reconstituirlo. Desde el

(1) *Cuarta colección de documentos relativos al estado actual de los asuntos de Inglaterra*, 1688; Burnet, I, 802, 803; Calamy, *Vida y tiempos de Baxter*, c. XIV.

momento de su desembarco hasta su llegada á Londres, había ejercido aquella autoridad que, según las leyes de la guerra reconocidas en todo el mundo civilizado, corresponde al General de un ejército en campaña. Era ahora necesario que de general se convirtiese en magistrado, y esto no era fácil. Solamente un paso en falso podría serle fatal, y era imposible dar un paso sin lastimar preocupaciones ó suscitar pasiones violentas.

XVI.

ACONSÉJANLE APODERARSE DE LA CORONA
POR DERECHO DE CONQUISTA.

Algunos consejeros del Príncipe le instaban para que en seguida se hiciese coronar por virtud del derecho de conquista, y entonces, como Rey, publicase, autorizados con su Gran Sello, los edictos convocando un Parlamento. Aconsejábanle tal medida con gran vehemencia algunos abogados eminentes. Era, decían, el camino más corto para lo que de otra manera se alcanzaría tan sólo después de vencer innumerables dificultades y disensiones. Estaba en completa conformidad con el fausto precedente establecido por Enrique VII después de la batalla de Bosworth. Serviría, también, á hacer desaparecer los escrúpulos que á muchas personas respetables inspiraba la legalidad de trasferir su homenaje de obediencia, de un soberano á otro. Ni las leyes de Inglaterra ni la Iglesia anglicana reconocían en los súbditos ningún derecho á deponer al Monarca. Pero ningún jurisconsulto, ningún teólogo había negado nunca, que una nación vencida en la guerra no hubiera de someterse,

sin cometer ningún pecado, á la decisión del dios de las batallas. De esta manera, después de la conquista caldea, los Judíos más piadosos y amantes de su patria no creían violar sus deberes para con su señor natural, sirviendo con lealtad al nuevo amo que la Providencia les había impuesto. Los tres confesores que habían sido maravillosamente preservados del fuego en el horno, desempeñaban altos empleos en la provincia de Babilonia. Daniel fué ministro, sucesivamente, de los Asirios que subyugaron á Judá, y de los Persas que subyugaron á Asiria. Y lo que aun es más: el mismo Jesucristo, que por el nacimiento era Príncipe de la casa de David, al ordenar á sus compatriotas pagar tributo al César, había declarado que la conquista extranjera anula el derecho hereditario y es título legítimo de dominio. Era, pues, muy probable, que gran número de torjes que por escrúpulos de conciencia no se atrevían á elegir rey por sí mismos, aceptasen, sin vacilar, el rey que les imponía el éxito de la guerra (1).

Del lado contrario, había también razones de gran peso. El Príncipe no podía declarar haber ganado la corona con la espada, sin faltar escandalosamente á sus promesas. En su Declaración protestaba no estar animado del designio de conquistar Inglaterra; que los que le imputaban tal designio le calumniaban vilmente, no sólo á él, sino á los patrióticos nobles y caballeros que le habían llamado; que el ejército que le acompañaba era evidentemente inferior á lo que requería empresa tan ardua, y que estaba plenamente resuelto á dejar á la decisión de un Parlamento libre, así los públicos males como sus propias pretensiones. No hubiera sido digno ni prudente faltar, por nada del

(1) Burnet, i, 803.

mundo, á su palabra, empeñada con tal solemnidad á la faz de toda Europa. No era tampoco cierto que, de presentarse como conquistador, hubiera vencido los escrúpulos que impedían á los rígidos anglicanos reconocerle como rey; pues cualquiera que fuese el nombre que tomase, todo el mundo sabía que no era realmente un conquistador. Era á todas luces pura ficción decir que este gran reino, con una poderosa escuadra en la mar, con un ejército regular de cuarenta mil hombres y una milicia de ciento treinta mil, había sido, sin sostener un sitio ni presentar una batalla, reducido á la condición de provincia conquistada, por quince mil invasores. Semejante ficción no era el mejor remedio para acallar los escrúpulos de conciencias en extremo sensibles, y no hay duda que hubiera lastimado el orgullo nacional, de cuyo tan susceptible é irritable. El espíritu que dominaba entre los soldados ingleses exigía, para tratarlos, el más delicado tacto. Sabían que en la última campaña no habían desempeñado papel muy brillante. Capitanes y soldados mostraban igual impaciencia por hacer ver que no habían cedido, por falta de valor, ante fuerzas inferiores. Algunos oficiales holandeses habían llevado su imprudencia hasta jactarse en una taberna, entre los vapores del vino, de haber hecho huir al ejército del Rey. Este insulto había excitado tan gran resentimiento entre los soldados ingleses, que á no ser por la pronta intervención del Príncipe, hubiera terminado tal vez en una terrible matanza (1). En tales circunstancias, ¿qué efecto hubiera producido una proclama anunciando que el jefe de los extranjeros consideraba toda la Isla como justo premio de la guerra?

(1) *Gazette de France*, enero 26 (feb. 5), 1689.

Era también digno de recordarse, que al publicar tal proclama el Príncipe, conculcaría todos los derechos de que se había declarado campeón. Pues la autoridad de un conquistador extranjero no está nunca limitada por las leyes y costumbres de la nación vencida, sino que, por su naturaleza, es esencialmente despótica. Por lo tanto, ó Guillermo no era competente para declararse rey, ó si lo era, podía igualmente anular la Magna Carta y la Petición de Derechos, abolir el Jurado y establecer nuevos impuestos sin autorización del Parlamento. Podía ciertamente restablecer la antigua Constitución del Reino, pero si obraba de este modo sería por virtud del poder arbitrario. La libertad inglesa sería en lo sucesivo considerada sólo como una merced. No sería, como hasta aquí, herencia inmemorial, sino donación reciente que el generoso amo que la había concedido, podría retirar cuando le pluguiese.

XVII.

CONVOCA GUILLERMO LOS PARLAMENTOS DE CARLOS II.

Guillermo, pues, mostrándose leal y prudente, determinó cumplir las promesas contenidas en su Declaración y dejar á la legislatura la misión de establecer el gobierno. Tan gran cuidado puso en evitar todo lo que pudiera tener apariencias de usurpación, que no quiso, sin alguna semejanza de autoridad parlamentaria, incurrir en la responsabilidad de convocar los Estados del Reino, ni aun encargarse de dirigir la parte ejecutiva de la administración durante las elec-